

Malena Low



Malena Low

UTEROS PODRIDOS

*

SOBRE MARIO

*

DIARIO DE ALUCINACIONES

Ilustraciones: Delfina Liébana

Ediciones Microcentro

Úteros podridos

Esta mañana leí un posteo de Instagram que decía algo así como que la verdadera comodidad está en los proyectos colectivos, donde la sensibilidad está a salvo y el yo de niñx sana traumas. Puesto en el contexto de ciertos colectivos tiene su sentido (generar un ambiente que contraste con la hostilidad cotidiana), pero me quedé pensando si la sensación de hacer con otrxs tiene siempre ese cariz uterino de amabilidad, seguridad y protección. En primer lugar, a mí todo lo amable me resulta amenazante, lo relaciono con lo institucional en un mal sentido, en lo normalizador. Pienso que si sentís amabilidad es porque hay otra cosa que no está pasando. Tenerse respeto es darse demasiado poco. En segundo lugar, creo que todo proyecto colectivo es, al contrario, una experiencia pinchuda. Un riesgo permanente. Sentir que se construyen cosas en grupo tiene una euforia emocionante, un temor de responsabilidad paranoico, una conciencia particular de estar a la intemperie de la historia, la alegría de la amistad, que hasta llamaría felicidad. Y la felicidad es un estado muy violento de la mente.

Por mi parte, encuentro formas maternas en lugares oscuros. Mi idea de útero es un lugar donde unos ácidos te están disolviendo. Encuentro placer en todo lo que me lleve a un estado de cero existencia. Mi mamá, mi hermano y yo tuvimos la suerte de no conformar una familia. Ella hacía su vida y para no ser esclava de dos criaturas, nos dejaba a cargo de la televisión. La televisión nos cuidaba, aunque con sus imágenes sórdidas y crueles. Nos criábamos con los personajes de los dibujos animados (que en los '90 tenían actitudes desaforadas y aspectos supurantes) y delegábamos lo edípico al noticiero. Llegamos a decirle "mamá y papá" a Cristina Pérez y Rodolfo Barili, no solo porque siempre estaban ahí. Sobre todo porque la idea de seguridad, de estar a salvo, era no tener que ser nadie en particular, poder no existir, ser ese televidente grado cero tan parecido a la nada. La televisión te corroe la personalidad con su violencia, pero te libera de la excepcionalidad y el egotrip. Y en realidad, a esta altura, creo que no hay nada más alienante que querer ser alguien.

Quiero disolverme en cualquier cosa, en un grupo o frente a los dibujitos, quiero que algo me devore, pero no sé si quiero disolverme en la amabilidad.

Sobre Mario

El conjunto de cuadras donde tiene su departamento es una zona poco definida entre dos barrios, una franjita que no es ni uno ni otro, más o menos desde la Shell de Paseo Colón hasta la avenida de los camiones. La ex aduana y la facultad de ingeniería ahora abandonada le dan un aire misterioso y a la vez reconocible a esa parte de la ciudad donde vive Mario. Es casi una mimesis de la vida que lleva, de un perfil bajo pero con una cualidad especial: la entera dedicación a profundizar la percepción enrarecida y encantada.

Desde que dejó de jugar en las inferiores de San Lorenzo tiene una vida que podría calificarse como de artista, aunque eso no tenga nada que ver con tener una obra definida ni una permanencia en el circuito de las galerías o festivales, sino más bien con unas rutinas espirituales de recrear su propia atmósfera vital. No es que no tenga prácticas concretas relacionadas al arte, tal vez un día común consista en despertarse temprano y traducir un ensayo de un montajista poco conocido que mezcla ideas sobre *Sangre de Cóndor* con impresiones de *Elysia*, *Valley of the Nude*, o pasarse la tarde leyendo la vida del orfebre renacentista Benvenuto Cellini. Casi siempre trabaja escuchando música ambient, sentado en su escritorio de dos caballetes frente a un monitor muy amplio y bajo un cuadro que encontró en la calle porque le recordaba a las formas de *An Optical Poem* de Oskar Fischinger, unas cruces de hilo y lana superpuestas en distintos azules.

Todas las noches sale a correr hacia el lado de Puerto Madero, porque cuando está vacío de oficinistas y señoritas ricas que hacen gimnasia, el paisaje se vuelve extraño al punto de la ciencia ficción. Siempre pasa por el parque futurista, donde enterró a su gata, abajo de un arbusto nuevo. Hace unas semanas, una noche de insomnio lo llevó a trotar pero esta vez en su propio edificio. Después de dar un centenar de vueltas a la terraza decidió cruzar a los edificios contiguos que son propiedad de UOCRA, donde hay una terraza verde que es mucho más amplia y está vacía hasta las primeras horas de la mañana. El presente se vuelve cada vez más una metáfora de otra cosa que no entiende bien qué es, como si se tratara de vivir en un estado literario constante en el que todas las cosas materiales tienen otro brillo, como si fueran parte de otra dimensión, hasta las caras de afiches publicitarios.

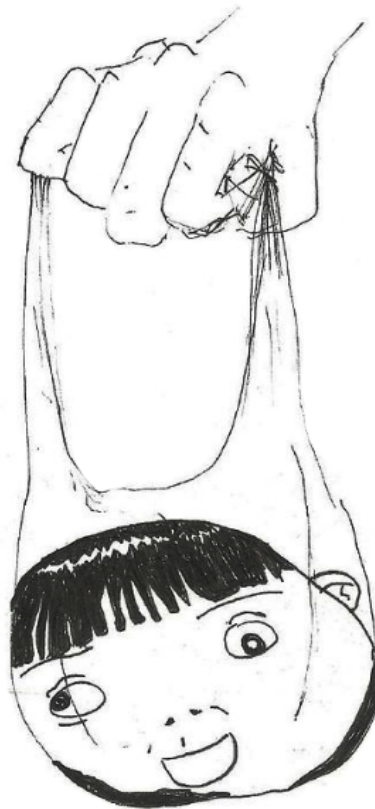
Muchas veces, el compromiso por profundizar su estado perceptivo lo llevó a la realización de películas caseras. En una de ellas aparece su

sobrino durmiendo en una cama mientras las hojas de un árbol afuera de la habitación manchan su cara con luces y sombras. La imagen se intercala con los paseos de un gato por el jardín, otras veces con composiciones de vajilla como una jarra brillante al lado de un bowl de metal o un vaso con una cuchara adentro. Las imágenes se repiten en loop, todo en una frecuencia cada vez más alta y distinta a la mimesis en la que representaríamos el movimiento humano o el paso natural del tiempo. El ritmo de las apariciones se parece más al tiempo visto en perspectiva, como si alguien recordara días que pasan desde un futuro, una especie de tiempo robótico y melancólico a la vez.

Algo parecido le pasa cuando mira los dibujos en carbonilla que tiene pegados en la pared del cuarto, que una vez mostró en una muestra colectiva, más o menos para la misma época en la que habían decidido poner Escorpión con unos amigos, una librería por el centro cuyo único fin, el más sincero y secreto era la esperanza de vivir siempre en pandilla, tener ideas en conjunto, prestarse libros. Aunque ahora todo eso pudiera sonar como un cliché de un grupo que en una época sueña con renovar las ideas del cine independiente, vivir una vida de artista, teorizar sobre formas del montaje, todos esos recuerdos siguen de alguna forma replicando un eco que hace a la vida, por más anodina que sea, distinta de cualquier otra vida normalizada. Pero eso no solo pasa con los recuerdos de la librería y de la pandilla de Escorpión. Surte el mismo efecto todo ese período en el que vivió con una pareja de amigas lesbianas en el Tigre, una cotidianeidad marcada por cuestiones como ir a buscar bidones de agua al almacén día por medio, esperar a la lancha en el muelle una vez por semana, meterse al río cuando empezaba a subir la temperatura en primavera. Si bien podría decir que mientras vivió con Laura y Juliana estaba en un estado de desesperación total, nada sería igual si eso no hubiera pasado. Por eso se siguen llamando cada tanto por teléfono, y guarda tanto cariño pese a que Laura diga cosas como “Sí, Marito... En esta vida es importante tejer redes, ¿viste? tejer redes”. Todo tiene la sensación extraña de la vivencia, por más vergonzosa que sea a la luz de una vida con su cadencia tímida e intelectual. ¿Qué sería de él, por ejemplo, sin ese momento tan rándom en el que con todos sus amigos habían decidido ir a tomar cocaína a un boliche y se sacaron la remera para cruzar de punta a punta la pista de baile gritando ¡AHHHGGG! como vikingos? Todo se trata de ir en busca de una vida desconocida. Con esa idea editó el cortometraje de found footage de las japonesas buscadoras de perlas. Nunca supo si el material era ficcional o parte de un documental para la televisión japonesa, él se lo había encontrado en

una lata de rollo de super 8 que compró por Amazon en un viaje. Las japonesas adolescentes se presentaban a cámara en la orilla del mar, si bien nada de eso se escucha. Parecen todas adolescentes, se ríen y explican con gestos una especie de procedimiento de trabajo. Pero cuando la cámara corta, lo que sigue son unas tomas abajo del agua, y ellas vestidas de sirenas con una carterita muy chiquita en el brazo en la que recolectan las perlas. ¿Todo eso sería una metáfora del documental japonés, una forma fantasiosa de embellecer el trabajo de estas pescadoras?

Algunas veces cuando sale a correr llega hasta la costanera y se queda viendo el río, hipnotizado mirando las olitas y los brillos del agua marrón. Así se le ocurre otro posible corte para la película de las buscadoras de perlas, y corre de vuelta a casa. Cuando llega anota lo que se le ocurrió o se pone a cortar y pegar nuevamente las parte del rollo. Pero muchas otras veces no hace nada, solo se acuesta en el sillón y hace fuerza con los ojos para ver “las manchas de la luz” en los párpados y quedarse dormido así.



Diario de alucinaciones (fragmentos)

Jueves

...al menos tengo la decencia de experimentar la tontería. Aunque de una forma desordenada, hace poco vengo probando unas nuevas pastillas que me tranquilizan y me llevan de la mano al suave territorio de la estupidez y la somnolencia, el único lugar donde mis demonios abstractos están quietitos y balanceándose a gusto. El malestar que me aqueja y el alivio que encontré para hacerlo desaparecer se parecen en esto: una confusión cerebral que mezcla imágenes del pensamiento con la realidad. En el primer caso, el malestar, los pensamientos se aceleran hasta tumbarme del vértigo. En el segundo caso, el alivio, las alucinaciones vienen a mí sin terror, se acomodan en el espacio y yo las atiengo con modales de señorita.

Lunes

Tengo que aliarme a las formas chiquitas de esta casa para sistematizar la malicia. Formas de venganza que no hieran en serio, es decir que no hieran el corazón de nadie. La vez que un novio me dejó encerrada en su casa dos horas, pensé: ¿qué maldad podría hacerle, qué venganza justa le llevaría a él dos horas de su vida? Entonces agarré una caja de arroz y empecé a clavar cada granito en el piso de alfombra de su habitación. La tarea parece poco violenta, pero la realidad es que cuanto más se intenta barrer granos de arroz en una alfombra, más se los entierra. Es una venganza desesperante que se la deseo y recomiendo a cualquiera. Como esa vez, tengo que estar preparada para aliarme a todo lo que sea inofensivo y cruel, por ejemplo hacer bolitas de pelo para poner en el café con leche, hacer bombones con bichos muertos de las macetas, ponerlos en el corazón de un bollito de gomaespuma, esa que se le sale a los sillones rasgados, y dejarlos en las almohadas, en las zapatillas, en el fondo de una mochila.

Miércoles

Hay días que detesto todo lo que escribí hasta ahora, quiero decir todo lo que escribí de forma más o menos formal: texto de sala, una reseña. Quiero hacer todo lo posible por no formalizar mi escritura.

Malena Low vive en Buenos Aires. En 2020 fundó El vómito con amigxs.

Ilustraciones: Delfina Liébana

Ediciones Microcentro
Buenos Aires, julio de 2021
www.faxsi.info